

**SOSTENIBILIDAD:  
ALGUNAS REFLEXIONES BÁSICAS  
(En torno a un papel de Jorge Riechmann)**

**José Luis López Bulla**

Jorge Riechmann ha presentado un interesante trabajo para Iistas y el Departamento Confederal de Medio Ambiente de CC.OO. El papel tiene un meditado corpus doctrinal, como todos los de su autor, y sugiere al sindicalismo confederal importantes cuestiones. La primera de ellas aparece en la página 4: “pero desarrollo sostenible, producción libre o agricultura ecológicamente viable *no son asuntos de mejoras incrementales sino de un cambio de modelo*”. Lo que, en mi opinión, es una verdad como una catedral; el problema aparece cuando nos disponemos a enhebrar de manera práctica el hilo del discurso para convertir dicho apotegma en práctica factible. Porque lo que JR expone son algo más que palabras mayores. De entrada, y por pura comodidad, pienso en los escenarios convencionales en los que el sindicalismo confederal puede intervenir para, siguiendo a JR, conseguir el ‘cambio de modelo’. Y, si os parece, son dos: a) los procesos contractuales<sup>1</sup>, b) la intervención favorecedora de medidas legislativas.

Sobre los procesos contractuales vale la pena expresar las siguientes y conocidas consideraciones: a) que, para que cumplan con el objetivo de coadyuvar a ‘cambiar el modelo’ --se supone que gradualmente-- deben ser la expresión de la voluntad de sindicatos y empresarios; b) que, antes de la firma, existe un paso previo, esto es, el carácter profundamente innovador de la plataforma negocial del sindicalismo confederal, de un lado, y, de otra parte, debe existir igualmente una voluntad similar en el empresario que se dispone a negociar. Es lógico que JR no hable de estas cosas, pues su interés es azuzar el debate y que los doctores de la iglesia se pongan manos a la obra; pero el caso es que alguien, o sea, los doctores tienen que estar por la labor de (gradualmente) ‘cambiar el modelo’. Que, para sumar otro cacho de complicaciones, no puede ser en un sólo país.

Estamos sin duda ante una hipótesis optimista, pues supone que desde la práctica contractual es posible el cambio de modelo. Y, desde luego, exageradamente optimista, pues presupone que, tal como están las cosas, se puede plantear el tan repetido cambio de modelo. Esto... sin saber, todavía a estas alturas, a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de (perdón) cambio de modelo. Pero por algún sitio se debe tirar. Y lo que parece claro es que la actividad substancial del sindicalismo, la contractualidad, debe servir *también* para el tan arduo como necesario problema que tenemos ante nosotros, la sostenibilidad.

El segundo método es, como se ha dicho, la actividad legislativa. Que se verá favorecida en la medida en que el sujeto legislador implícito, el sindicalismo, vaya creando fuentes de derecho en el territorio de la contractualidad. Esto es, si existen convenios que apuntan a la sostenibilidad, habrá más posibilidades de (gradualmente) avanzar por ahí. Pero si hemos partido de la base de que en un solo país no se arreglan las cosas (aunque sí se corrigen algunas, y no irrelevantes), hemos de convenir que desde alguna sede se debe legislar; naturalmente una sede de amplios territorios como,

---

<sup>1</sup> Por pura comodidad utilizo la expresión procesos contractuales en su extensión más amplia, sin importarme las diferencias entre concertación, negociación colectiva, convenios... Eso se lo dejamos a la nomenclatura del Derecho.

por ejemplo, la Unión Europea. Porque no estamos hablando de remiendos (a los que no conviene hacerle ascos) sino, siguiendo a JR, de cambiar el modelo.

Miente el refrán popular cuando afirma que *querer es poder*. Al menos no atina en mi caso porque yo quiero un buen porrón de cosas y no las tengo. Pero si querer no es necesariamente poder, también es cierto que no querer es definitivamente no poder. De donde se desprende que si el sindicalismo quiere, tiene (al menos en hipótesis) la posibilidad de poder; y si no quiere, estaremos en la certeza de que no se podrá. Porque entre posibilidad y certeza hay un trecho de ciertas dimensiones. Y aquí llegamos al *querer*. Comoquiera que la historia del sindicalismo es, a la vez, la historia de muchos mitos, valdría la pena interrogarnos muy seriamente que lo que *queramos* no sea otro mito más. A tal fin se recomienda la lectura del prólogo al Manifiesto Comunista que hizo el maestro Eric Hobsbawm cuando el 150 aniversario de tan famosa obra. Porque lo cierto es que nuestro viejo amigo inglés le soltó un memorable (aunque cariñoso) cachete al barbudo de Tréveris. Sospecho que la opción por la sostenibilidad no es un mito. Y diré más, intuyo que puede ser un punto de encuentro de los más diversos grupos y sectores sociales. Por supuesto de la izquierda, siempre y cuando no se pongan en pié de guerra las viejas tradiciones de pegarse vergajazos los reformistas contra los maximalistas y viceversa. Puede ser un punto de encuentro de intereses no exactamente coincidentes en otros campos. Y es posible que por ahí el sindicalismo confederal tenga mucha tela que cortar. Pero la tela que pueda cortar tendrá relación directa con: a) su *auctoritas* en relación al resto de sujetos, movimientos y otras fuerzas (también políticas, por supuesto), una autoridad que le vendrá dada especialmente en los momentos de desacuerdo; b) los contenidos de sus prácticas contractuales, tendentes gradualmente a la sostenibilidad.

Dos elementos me parecen obligados en ese itinerario. Uno, la alianza que debe establecer el sindicalismo con el mundo de la ciencia y la técnica para esos menesteres; otro, la relación con el resto de sujetos que vayan en parecida dirección. Lo primero me parece esencial para cualquier tipo de actividad sindical en estos tiempos que corren; lo segundo equivale, no se olvide, a que el sindicalismo no se difumina en tales movimientos, es más: se confronta obligadamente en determinadas ocasiones, y no pasa nada.

En resumidas cuentas, por ahí se trata de apuntar la posibilidad de compartir diversamente el paradigma de cambiar el modelo. Pero ¿de qué modelo está hablando JR? ¿Se trata de avanzar hacia la superación del capitalismo? ¿de ecologizar el capitalismo? En palabras claras: ¿de qué está hablando JR cuando propone el cambio de modelo?

Sant'Andrea in Percussina

Septiembre de 2004

---

Jorge Riechmann

Galapagar/ Madrid, 3 de octubre de 2004

Muchas gracias por las sugerentes reflexiones, José Luis (qué necesario resulta insistir en “la alianza que debe establecer el sindicalismo con el mundo de la ciencia y la técnica para esos menesteres”, y

en “la relación con el resto de sujetos que vayan en parecida dirección”), y también a Toni por sus estimulantes mediaciones. Contesto sintéticamente por falta (¡ay!) de tiempo, en una cálida mañana dominical de este octubre que parece empeñado en recordarnos la realidad del calentamiento del planeta.

Llevo algún tiempo<sup>2</sup> intentado desarrollar un análisis de la cuestión sostenibilidad/ desarrollo sostenible que parte de las siguientes cuatro premisas (o rasgos básicos de nuestra situación actual):

1. Hemos “llenado” el mundo, saturándolo en términos de espacio ecológico (como nos ha hecho ver el economista ecológico Herman E. Daly desde hace dos decenios).
2. Nuestra tecnosfera está mal diseñada, y por eso –como nos enseñó el biólogo Barry Commoner hace más de treinta años— se halla “en guerra” con la biosfera.
3. Además, somos terriblemente ineficientes en nuestro uso de las materias primas y la energía (como han mostrado, entre otros, los esposos Lovins y Ernst Ulrich von Weizsäcker en *Factor 4*).
4. Por último, nuestra poderoso sistema ciencia/ técnica (que ahora podemos cabalmente llamar tecnociencia, tal y como insiste Javier Echevarría) anda demasiado descontrolada.

De cada uno de esos rasgos puede deducirse –en un sentido muy laxo del término *deducción*— un importante principio para la reconstrucción ecológica de los sistemas humanos, esto es, para avanzar hacia sociedades ecológicamente sostenibles:

|   |
|---|
| Hemos “llenado” el mundo → <b>principio de gestión generalizada de la demanda</b>           |
| Nuestra tecnosfera está mal diseñada → <b>principio de biomímesis o ecomímesis</b>          |
| Somos terriblemente ineficientes → <b>principio de ecoeficiencia</b>                        |
| Nuestra poderosa tecnociencia anda demasiado descontrolada → <b>principio de precaución</b> |

Ahora surgen dos problemas:

(A) Hace falta práctica humana basada en los cuatro principios para avanzar hacia sociedades ecológicamente sostenibles, pero, de los cuatro, sólo el principio de ecoeficiencia encaja de forma más o menos “natural” con la dinámica del capitalismo. Ésa es la razón de que “desarrollo sostenible” –que, como sabemos, es un concepto sobre cuyo contenido existen intensas controversias-- sea entendido por las empresas, y en general por las autoridades públicas, de manera muy reductiva, en términos de ecoeficiencia, y de casi nada más.

(B) Esos cuatro principios bastarían –creo— para orientar hacia la pacificación de nuestras relaciones con la naturaleza, *pero no para lograr una ciudad humana habitable*. Una sociedad podría poner en práctica los cuatro principios, y mantener sin embargo grados extremos de desigualdad social o de

---

<sup>2</sup> Remito a mi “trilogía de la autocontención”: *Un mundo vulnerable* (Los Libros de la Catarata, Madrid 2000), *Todos los animales somos hermanos* (Universidad de Granada 2003) y *Gente que no quiere viajar a Marte* (Los Libros de la Catarata, Madrid 2004).

opresión sobre las mujeres. Podrían existir sociedades ecológicamente sustentables que fuesen al mismo tiempo ecofascistas y/o ecomachistas.<sup>3</sup>

Conscientes del problema (B), sabemos que, desde la izquierda, tenemos que defender además un fuerte **principio de igualdad social** (o mejor, la vieja buena tríada de la Gran Revolución de 1789: **libertad + igualdad + fraternidad o solidaridad**, todos ellos adecuadamente corregidos por la mirada feminista sobre la realidad). No nos basta con una sociedad ecológicamente sustentable: deseamos una sociedad *ecosocialista*. (Lo que entiendo por ello comencé a ponerlo por escrito en un libro escrito a medias con Paco Fernández Buey y publicado en 1996, *Ni tribunos*.<sup>4</sup>) Traer a colación la tríada de valores *liberté, égalité, fraternité* supone reconocer la suprema importancia de la *cuestión de la alteridad*: en nuestra relación con el otro se juegan los asuntos ético-políticos más básicos de todos (en ello han insistido con lucidez Emmanuel Levinas y Zygmunt Bauman), sobre todo cuando tenemos presente que no se trata solamente del otro humano, *sino también del otro animal*.<sup>5</sup>

Conscientes del problema (A), y conscientes al mismo tiempo de que se ha formado un consenso bastante amplio –que incluye a parte de las elites de la economía y la política, y es de alcance mundial— en torno a la idea de *desarrollo sostenible* (aunque diferentes partes participantes en ese consenso lo interpreten de manera diferente), creo que nuestra actuación en los dos planos que indica José Luis – (a) procesos contractuales, b) intervención favorecedora de medidas legislativas— debe buscar:

1. Aferrarnos a la búsqueda de ecoeficiencia como perro que ha dado con un hueso de jamón, a sabiendas de que es el único terreno donde cabe esperar avances relativamente rápidos, y de que ya está institucionalizado hasta en planes y programas de la envergadura de la Estrategia Europea de Desarrollo Sostenible, e
2. Insistir constantemente en las limitaciones de esa reducción a la ecoeficiencia en la que se encastilla el sistema, y en la necesidad de avanzar intentando materializar los demás principios antes enunciados (sin lo cual seguiremos firmemente encarrilados en un curso de catástrofe): gestión generalizada de la demanda, biomimesis, precaución e igualdad social.

Las preguntas últimas de José Luis son muy difíciles de contestar (y todavía más difícil resulta hacerlo brevemente): “¿De qué modelo está hablando JR? ¿Se trata de avanzar hacia la superación del capitalismo? ¿De ecologizar el capitalismo? En palabras claras: ¿de qué está hablando JR cuando propone el cambio de modelo?” Pero intentaré sugerir algunas cosas. Telegráficamente, mis convicciones son:

---

<sup>3</sup> Nunca me cansaré de recomendar la lectura de dos libros importantes: Carl Amery, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Turner/ FCE, Madrid 2002. Y Susan George, *El informe Lugano*, Icaria, Barcelona 2001

<sup>4</sup> Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann, *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*, Siglo XXI, Madrid 1996.

<sup>5</sup> Jorge Riechmann, *Todos los animales somos hermanos*, Universidad de Granada 2003.

1. Hay margen para ecologizar el capitalismo (por la vía de la ecoeficiencia), pero se agotará relativamente pronto, de manera que la “cuestión del sistema” seguirá planteada durante los próximos decenios, y de manera muy intensa, aunque hoy nos parezca tan alejada de lo políticamente factible.
2. Debemos intentar aprovechar esos márgenes de acción, lo más rápida y vigorosamente posible: tanto porque conseguiremos algunas mejoras socioecológicas reales —que son desesperadamente necesarias—, como para mostrar —por la vía de los hechos—lo limitado de los planteamientos de “reforma interna” del capitalismo.
3. Al final de ese esfuerzo —que puede identificarse con el esfuerzo de llevar a la práctica la Estrategia Europea de Desarrollo Sostenible, por ejemplo, junto con las otras estrategias que de ella se derivan “en cascada” hasta llegar a la Agenda 21 local de la más pequeña aldea— estoy convencido de que nos encontraremos con la “cuestión del sistema” encima de la mesa, y —si hemos sabido realizar durante ese tiempo nuestro trabajo pedagógico y político de “ilustración socioecológica”— con una correlación de fuerzas más favorable para nosotros.
4. Todo hace pensar que, si en algún grupo de naciones del planeta pudiera avanzarse hacia un “ecocapitalismo” en el siglo XXI, éste sería la UE, a tenor de las condiciones culturales, sociales y económicas que hoy prevalecen en los distintos países. (En mi opinión, también sería el lugar donde debería poder desarrollarse un ecosocialismo en los decenios próximos, aunque esto quede más lejos de nuestro horizonte político inmediato.) De manera que quienes hemos nacido por estos lares tenemos una responsabilidad especial.
5. Creo que un ecocapitalismo es a la postre inviable (además de indeseable), e intentaré argumentarlo de nuevo y mejor en un libro en el que estoy trabajando ahora (cuyo título provisional es *Ecomímesis: crítica ecosocialista y propuesta de reconstrucción ecológico-social*). De manera que sí: la expresión “cambio de modelo” apunta hacia la necesidad de superar el capitalismo y construir una sociedad ecosocialista. En fin, lo que nos enseñó Manuel Sacristán — nuestro pensador ecosocialista más importante-- hace más de un cuarto de siglo...